

# Viajes con Heródoto

Ryszard Kapuscinski

Editorial Anagrama

Barcelona, 2008

308 p.

ISBN: 978-84-339-2577-0

En enero de 2007, el gran periodista polaco Ryszard Kapuscinski, premio Príncipe de Asturias de la Comunicación 2003, abandonaba este mundo. Nacido en 1932, vivió la terrible posguerra como estudiante de Historia de la Universidad de Varsovia, una Varsovia “reducida a escombros, donde las bibliotecas habían sido pasto de las llamas; no teníamos manuales, el libro era un bien escaso” (p. 9). En una de aquellas clases, Kapuscinski, que contaba 19 años, escucha por primera vez el nombre de Heródoto, un historiador griego: “Ni siquiera sabíamos a ciencia cierta dónde estaba Grecia. [...] Éramos hijos de la guerra, durante la cual los institutos de enseñanza media habían permanecido cerrados. [...] Allí, en aquella aula, se sentaban chicos y chicas de pueblos remotos y de ciudades pequeñas, nada leídos, con poca instrucción. [...] Predominaba el provincianismo más toscó: abrigos de segunda mano arrugados, jerseys llenos de parches, vestidos de percal”.

La obra de Kapuscinski está atravesada por un concepto sin el cual no alcanzaremos a comprenderla en su completitud: la *Otredad*. Nos explica la Real Academia Española que la otredad es la “condición de ser otro” (DRAE, 2001). Y justamente así, sin más ambages, es como encaja el concepto en la obra de Kapuscinski. Este joven que despierta al mundo intelectual y cultural en una Polonia comunista, gris, destruida, ocupada, censurada, vigilada, siente nacer dentro de sí un impulso irreprimi-

ble de “cruzar la frontera”, de salir al encuentro de lo desconocido, del Otro, de ver qué hay más allá, qué mundo se oculta tras el telón. La oportunidad material de cruzar la frontera tardará unos años en llegar, pero el joven Kapuscinski ya se ha puesto en marcha; ha iniciado el viaje interior, un viaje infinito que podemos seguir recorriendo en su compañía gracias a sus libros.

En la obra de Kapuscinski no hay elementos insustanciales, y todo adquiere un valor autobiográfico. Este “cruzar la frontera” no es sólo una forma de hablar, un anhelo comprensible a propósito de su circunstancia en la Polonia estalinista de los años 40. Al terminar la carrera se puso a trabajar como reportero en el periódico *Estandarte de la Juventud*: “Recorría yo el país con más pena que gloria, de aldea en aldea, de villorrio en villorrio, en un carro de adrales o en un autobús desvencijado, pues los turismos eran una rareza. Ni siquiera era fácil hacerse con una bicicleta” (p. 16). A veces, nos cuenta Kapuscinski, estos desplazamientos le llevaban a zonas próximas a la frontera, “donde la tierra se volvía cada vez más desierta y menguaban las posibilidades de toparse con alguien” (p. 16). Le llaman la atención el vacío y el silencio que inundaba los territorios fronterizos, pero “aquel misterio unido al silencio me atraía y me intrigaba. Me sentía tentado de asomarme al otro lado, a ver qué había allí. Me preguntaba qué sensación se experimentaba al *cruzar la frontera*” (pp.16-17). Reparemos en que para alguien que ya ha iniciado su propio viaje interior, este “cruzar la frontera” es una necesidad improrrogable que, en el caso de Kapuscinski, nace de un impulso extraño, pues más que la curiosidad por conocer cómo será el otro lado, “lo único que me intrigaba era ese instante concreto, ese paso, ese acto básico que encierra la expresión *cruzar la frontera*” (p. 17), ese acto “casi místico y trascendental” (p. 18).

Cuando el lector arriba a las últimas páginas de *Viajes con Heródoto* le inunda, efectivamente, el misticismo de este concepto, misticismo que ya le había invadido con

Ébano (1998). Hay algo trascendental en la obra de Kapuscinski, y sospecho que se trata de la búsqueda de los valores universales que justifican su vocación periodística, o viajera, que en su caso es lo mismo. La vida de Kapuscinski está determinada por el eterno viajar, salir de uno mismo al encuentro con el otro: “La fuente principal de nuestro conocimiento periodístico son los otros”, nos advierte en *Los cínicos no sirven para este oficio* (Barcelona: Anagrama, 2005, p. 37), y aún más: “[...] No hay periodismo posible al margen de la relación con los otros” (p. 38). “[...] El único modo correcto de hacer nuestro trabajo es desaparecer, olvidarnos de nuestra existencia. Existimos solamente como individuos que existen para los demás, que comparten con ellos sus problemas e intentan resolverlos, o al menos describirlos. El verdadero periodismo es intencional” (p. 38). “[...] Una de las obligaciones morales que tenemos es escribir sobre esta parte infeliz de la familia humana. Porque todos ellos son nuestros hermanos y hermanas pobres. Que no tienen voz” (p. 42).

¿De dónde procede esta concepción del periodismo como un sacerdocio? ¿Cuándo se transforma su impulso de *cruzar la frontera* en esta *misión* de su ser periodista?

En *Viajes con Heródoto* encontramos la explicación. A la vuelta de una de aquellas rutas polacas para el periódico juvenil, su redactora jefa (Irena Tarlowska) le preguntó por sus planes inmediatos. Él le contó modestamente sus próximos viajes y se atrevió a confesarle: “Me gustaría mucho ir al extranjero”. La sorpresa de Irena fue grande: “¿Al extranjero? ¿Adónde? ¿Para qué?”. “He pensado en Checoslovaquia” (p. 17), respondió tímidamente, tal vez un poco intimidado ante la estupefacción de su jefa. ¿Checoslovaquia, justo al otro lado de la frontera! ¿Pensaría Kapuscinski realmente en Checoslovaquia o fue lo primero que se le vino a la cabeza, lo más cercano geográfica y culturalmente? Al fin y al cabo, Checoslovaquia era más de lo mismo, una prolongación del gris paisaje polaco. Ahí

quedó la conversación, pero también la semilla. Un año después lo enviaron a la India.

Una vez arrojado a la inmensidad de la India (el capítulo se titula “Condenado a la India”, pp. 23-35), la “estupefacción” y el “pánico” iniciales dejaron paso al vacío, la inseguridad, la incomunicación, la soledad. He aquí a Kapuscinski, un joven polaco, provinciano, vestido según los cánones de la moda “Pacto de Varsovia” 1956, con un conocimiento muy elemental de inglés y con la única compañía de “un grueso volumen de tapa dura, forrado con tela de lino”, en cuya portada se podía leer, “en letras amarillas: Heródoto. Historia” (p. 18).

Aquí comienza el verdadero viaje de Kapuscinski, el viaje hacia lo desconocido, hacia el Otro, y esa Otredad con que se da de bruces es la miseria y la pobreza extremas. Al otro lado de la frontera no están los paisajes que le evocaron sus primeros contactos con Heródoto en la Universidad, cuando la profesora les mostraba “fotografías de esculturas antiguas, [...] un mundo hecho de sol y de plata, cálido y luminoso, habitado por héroes esbeltos y ninfas bailando” (p. 11).

Pero fue este contraste entre el mundo imaginado por Kapuscinski más allá de la frontera y la “profundidad inescrutable” (p. 25) de la India, el que provoca en el autor una nueva perspectiva vital de la que nunca más podrá desprenderse. Ya no hay vuelta atrás para el joven Ryszard; una vez que el avión tomó tierra en Nueva Delhi “al caer la noche, me sentí envuelto en una humedad pegajosa. Bañado en sudor, permanecí de pie durante un rato, perdido e impotente en medio de aquel lugar raro y extraño” (p. 25).

La imagen es sumamente sobrecogedora, y se agranda si se observa desde el prisma del raciovitalismo orteguiano: “Cada cual existe náufrago en su circunstancia. En ella tiene, quiera o no, que bracear para sostenerse a flote. Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me

salvo yo” (José Ortega y Gasset: “Prólogo a una edición de sus obras”, en *Obras completas*, Madrid: Taurus – Fundación José Ortega y Gasset, 2005, vol. V, p. 93). He aquí a Kapuscinski, náufrago en su circunstancia, sin más remedio que bracear para mantenerse a flote y salvarse salvando la circunstancia.

Así que no queda otra salida que empezar a vivir la India. ¡Qué magnífica experiencia! ¡Qué oportunidad en manos de un temperamento como el de Kapuscinski! “La India fue mi primer encuentro con la otredad, un descubrimiento de un mundo nuevo. Aquel encuentro extraordinario y fascinante fue a la vez una gran lección de humildad. Sí, el mundo enseña humildad” (p. 51).

Este encontronazo con la otredad es interiorizado por Kapuscinski como “un fracaso” (p. 51); toma conciencia de su incultura, de su falta de herramientas de comunicación, de su carencia de puntos de referencia para comprender, de su provincianismo; así que al regresar a Polonia en una huida hacia su conocido y seguro “villorrio”, decide ponerse a estudiar en serio: compra libros sobre historia y filosofía indias, lee a Tagore, se avergüenza por no saber inglés. También trabaja con Heródoto, investiga sobre el personaje; está seducido por este griego viajero e infatigable. Trata de averiguar cómo sortearía Heródoto las dificultades en su recorrido por tierras lejanas y extrañas, qué cualidades le permitieron completar tan magnífica crónica de la historia.

Después de la India fue enviado a China, otro mundo infinito, inabarcable, donde se empotra contra la Gran Muralla de la Lengua. “A medida que pasaban los días empecé a considerar la Gran Muralla como una Gran Metáfora, pues me rodeaban personas con las que no podía comunicarme y un mundo en el que yo era incapaz de penetrar. [...] Se hundió la tierra bajo mis pies. No, pensé, no me las arreglaré, no podré con esto” (pp. 75-76). De nuevo la sensación de fracaso y de nuevo a bracear

para mantenerse a flote leyendo y estudiando con empeño lengua, filosofía, historia y política chinas.

El libro está planteado como un viaje paralelo entre el viaje de Heródoto por el mundo entonces conocido (siglo V a. C) y el viaje de Kapuscinski por las mismas latitudes dos mil quinientos años después. Ryszard dialoga con el griego constantemente: “¿Cómo trabaja Heródoto? Es un reportero nato: viaja, observa, habla con la gente, escucha sus relatos, para luego apuntar todo lo que ha aprendido o, sencillamente, recordarlo” (p. 119). “No se contenta con lo que alguien le ha dicho, sino que intenta comprobarlo todo, contrastar las versiones oídas, formarse una opinión propia” (p. 120). “Jamás rechaza ni condena la otredad, todo lo contrario: intenta conocerla, comprenderla y describirla. ¿El hecho diferencial? Sólo está ahí para subrayar la unidad, en toda su plenitud y riqueza” (p. 123).

No hay duda, Kapuscinski se siente plenamente empatizado con Heródoto (al fin y al cabo el de Halicarnaso también era “un provinciano, un no-ateniense, así que un poco extranjero”, p. 60) y ambos comparten la misma cosmovisión: “La multiculturalidad del mundo es un tejido vivo, palpitante, en que nada está dado ni definido de una vez para siempre sino que no cesa de transformarse, de cambiar, de crear nuevas relaciones y nuevos contextos” (p. 126).

Así es como, gracias a Heródoto, Kapuscinski ha urdido su estrategia para sobrevivir: ir al encuentro del otro, acercarse amigablemente, con la intención (“todo periodismo es intencional”) de comprender su existencia. En *Los cínicos no sirven para este oficio* ya nos lo había anticipado: “La gente con la que tenéis que trabajar descubrirá rápidamente vuestras intenciones y vuestra actitud hacia ella. Si percibe que sois arrogantes, que no estáis interesados realmente en sus problemas, si descubren que habéis ido allí sólo para hacer unas fotografías o recoger un material, las personas reaccionarán inmediatamente de forma ne-

gativa. No os hablarán, no os ayudarán, no os contestarán, no serán amigables. Y, evidentemente, no os proporcionarán el material que buscáis” (p. 39).

*Viajes con Heródoto* nos hace comprender la raíz más profunda de la vida ejemplar de Kapuscinski. Tal vez el polaco idealizara al historiador griego, como seguramente nosotros su trabajo periodístico. Pero lo cierto es que la lectura de este magnífico libro nos permite comprender las semejanzas entre ambos viajeros en la forma de concebir la vida como un continuo salir de uno mismo e ir hacia el otro. Kapuscinski emula un modo de vida austero y sencillo que proyecta en el personaje de Heródoto: “Vive la vida en toda su plenitud, no le incomoda la ausencia del teléfono y del avión, ni siquiera le puede preocupar el hecho de no tener una bicicleta... La vida del mundo y de él mismo tiene su propia fuerza, una energía autosuficiente e inagotable. Debió de ser un hombre afable, relajado, bien dispuesto hacia el prójimo, pues sólo ante personas así los extraños desvelan sus misterios” (p. 248). Los que han tenido la oportunidad de conocer y tratar personalmente a Kapuscinski describen su temperamento en términos muy parecidos a estos que él atribuye a Heródoto. El propio Ryszard reconoce que “la continua lectura de su obra, incluso cierta forma de relación familiar con ella, ha empezado a ejercer sobre mí un extraño influjo que no sé definir con exactitud” (p. 245).

Al final de nuestro viaje con Kapuscinski caemos en la cuenta de que las digresiones biográficas sobre Heródoto son, en pureza, retazos de una autobiografía marcada por el irreparable paso del tiempo: “Vive la vida con plenitud, recorre el mundo entero, encuentra un sinfín de personas y escucha cientos de historias; es un hombre activo e incansable, siempre en movimiento, siempre en busca de algo y ocupado en algo. Le gustaría comprender y aprender tantas cosas, desvelar tantos misterios, solucionar tantos enigmas, responder a una larga letanía de preguntas, pero lisa y llanamente le falta tiempo; no tiene tiempo

ni fuerzas, simplemente no le alcanzan, siempre se le hace tarde como se nos hace tarde a nosotros, ¡la vida del ser humano es tan corta!” (pp. 245-246). Cerramos *Viajes con Heródoto* y respiramos hondo. Nos invade una duda, una inquietud. El tiempo se está yendo, ¿estamos en marcha?

Ignacio Blanco  
Universidad CEU San Pablo

---

## El saqueo de la imaginación

---

Irene Lozano

Editorial Debate

Madrid, 2008

228 p.

ISBN: 978-84-8306-774-1

Irene Lozano (Madrid, 1971) se ha especializado en investigar y exponer el impulso que contienen las palabras y la violencia que ejercemos sobre ellas. Lo hemos visto en sus libros anteriores, “Lenguaje femenino, lenguaje masculino” (1995) y “Lenguas en guerra” (2005). Y lo estamos viendo ahora en “El saqueo de la imaginación”, título que no se dejará atrapar por todos (por más que sea muy plástico), pero que encuentra una mayor explicitación en el subtítulo, “Cómo estamos perdiendo el sentido de las palabras”.

Justamente de eso se trata. No de que a los hablantes se nos esté escapando la auténtica significación de las palabras, sino de cómo algunos de quienes nos dirigen o nos exprimen consiguen forzar su contenido para rellenarlo con el que a ellos les resulta ventajoso para sus fines. Y, vis-